

CAPITULO CCXXXV.

Paz de Munster ó de Westfalia.—El cardenal Mazarino.—Movimiento en Nápoles.

PARA sostener una lucha en favorables condiciones de éxito no se necesita solamente el valor, no basta que generales y soldados se encuentren dispuestos á hacer toda clase de sacrificios ó á arrostrar toda clase de peligros.

Son indispensables otra multitud de elementos á fin de que no se esterilicen los buenos resultados que vayan obteniéndose, é impidan que se desaliente el soldado, que se disguste, que pierda la confianza en el jefe que le manda, y que se subleve contra la nación que le deja abandonado cuando está por ella derramando su sangre y exponiendo su vida.

Estaban verdaderamente á la altura de su misión los generales que desde mucho tiempo ántes se hallaban al frente de aquellos valerosos y aguerridos tercios? ¿Poseían el prestigio suficiente para ser obedecidos, prestigio adquirido por el recuerdo de anteriores triunfos?

Si tenemos en cuenta que muchos de estos generales eran trasladados á Flándes despues de haber sufrido algun descalabro, bien en Cataluña ó bien en Portugal, comprenderemos perfectamente que no era este el mejor medio para adquirirse la confianza de aquel pobre soldado conducido en muchas ocasiones á una muerte segura por el poco acierto que presidió en la organizacion de un plan de campaña. De aquí la serie de desastres de que nos hemos ocupado, y de aquí tambien el nuevo con que terminó la campaña de 1647.

La guerra, que á este tiempo se había ya hecho general en casi toda Europa, impuso por sí misma el cansancio de aquella situación, y las potencias buscaron ansiosamente una paz que ofreciese garantías de duracion.

Ya en 1641 comenzaron los primeros pasos en Hamburgo, pero las negociaciones verdaderas no se hicieron hasta tres años despues, que se reunieron en Ornabruk y en Munster los enviados del Emperador, de los estados del imperio y los de Suecia en el primer punto, y los plenipotenciarios de Francia, del mismo Emperador, de España y de otras potencias, en el segundo.

Al cabo de laboriosas negociaciones se concluyó el tratado general de paz, el 2 de octubre de 1648.

Por esta paz, llamada de Westfalia por pertenecer Ornabruk y Munster á aquel estado, se terminó la guerra de los treinta años, establecióse la armonía entre el Imperio y Francia, determinóse definitivamente la constitución política y religiosa de Alemania, que recibió ya entonces la moderna organizacion, adquirió Francia la Alsacia, Suecia la Pomerania y otros territorios, quedó definida la independencia de algunos estados del Imperio, y disgustando á la Santa Sede, que protestó, secularizáronse algunas abadías y obispados.

España reconoció en el tratado como nacion libre é independiente á las provincias unidas de Holanda, admitiéndose mutuamente el derecho del libre comercio en las Indias Orientales y Occidentales, lo cual fué acordado sin conocimiento de Mazarino, que se quejó de la ingratitud de los holandeses, y activó desde entonces sus intrigas para desavenir la rama austríaca de la de España.

La decadencia de esta nacion quedó de manifiesto por la paz de Westfalia; por ella adquirieron su independencia las provincias de Flándes, despues de derramar ríos de sangre española y flamenco, y emplearse en una guerra que comenzó con Felipe II para terminar ochenta años despues, todos los tesoros del Nuevo Mundo.

En medio de las humillantes condiciones á que tuvo que sujetarse España, eran las más ventajosas, en la lamentable situación á que tantas calamidades la habían reducido.

A pesar de gobernar la Francia una reina española de la casa de Austria, no cesó de procurar la separacion de las dos ramas, llevando este espíritu el tratado entre España, aquella nacion y el Imperio.

La paz de Westfalia dió paz á Europa, pero desgraciadamente España tuvo que continuar á poco la guerra con Francia y con Portugal, como despues veremos.

No se presentaban mejor nuestros negocios en Italia que en Flándes: tambien allí llegaban las consecuencias del desacertado gobierno de la metrópoli.

El cardenal de Saboya, que dejó el capelo tomando el nombre de príncipe Mauricio para casarse con su sobrina, y el príncipe Tomas, que hasta esta época habían sido nuestros acérrimos defensores en Italia, pretextando infundadas quejas y desavenidos con nuestros generales, se reconciliaron con la duquesa de Milán, y, lo que es peor, dejando nuestra causa, se pasaron á los franceses.

Juntos franceses y saboyanos tomaron á Niza, Verona, Crescentino y Tortona, por más que fueron defendidas heroicamente estas plazas por el conde de Siruela, que fué reemplazado por el marques de Velada.

Abrió tambien las puertas de Monaco el príncipe Honorato Grimaldi, entregando traidora y deslealmente la guarnicion de españoles que desde Carlos V le guardaban.

Las defecciones de estos tres príncipes fueron debidas á los ma-

nejos é intrigas del cardenal Mazarino, que, como el de Richelieu, se empeñó en quebrantar el poder de España.

Mazarino era, como dice Mignet, «previsor, inventivo, de sentido recto y sencillo, de carácter más sutil que débil y menos firme que débil, su divisa era *el tiempo y yo*;» obraba por cálculo más bien que por afición, prefería dejar decir con tal que le dejaran hacer; juzgaba á los hombres con rara penetracion: ántes de conceder su confianza á alguno preguntaba *¿es feliz?* suponiendo que el que sujeta en propio beneficio la fortuna, muestra tener talento: á pesar de su aparente volubilidad era el Cardenal hombre de inflexible constancia.

Por las intrigas de este personaje volviéronse contra nuestro poder en Italia todos los elementos, y perdimos las plazas de Piombino y Portolongone, y tuvimos amenazado el golfo de Nápoles por la escuadra francesa.

Las necesidades de la metrópoli habían obligado á imponer á los napolitanos pesadas cargas, á pesar de los privilegios concedidos por Carlos V, obligándoles á pagar cuantiosas contribuciones, y haciendo levas para cubrir las guarniciones y surtir la marina.

A las calamidades políticas agregáronse las naturales, y la sequía aligó dilatadamente aquellas fértiles comarcas, produciendo un hambre espantosa.

El marques de los Velez, virey á la sazón, no halló mejor medio para atajar el mal que imponer pena de muerte á los panaderos que subiesen el precio del pan, remedio inoportuno, porque nadie quiso vender, pan y la miseria creció.

El descontento aumentó, y el calderero José Alecio se puso al frente de los de Palermo, que se levantaron en armas y cometieron mil excesos, obligando al Virey á refugiarse en las galeras y á conceder cuanto pedían los amotinados.

Exigió el pueblo el restablecimiento de las cargas, al estado del tiempo de Carlos V, y la exclusion de los empleos de todos los españoles.

La insurreccion se hizo general, y á no haberse puesto los nobles en favor del Virey, hubiera ido más lejos.

Una multitud de victorias se habían alcanzado, merced á los esfuerzos de generales de aquel país, y lógico era que los vireyes españoles tuviesen en cuenta todo esto, y el gobierno de la metrópoli tambien, para tratar con consideracion á Estados que podían en un momento de irritacion, producir un conflicto á la nacion.

Pero lejos de eso, los vireyes trataban á los napolitanos como á país conquistado, y sólo procuraban esquilmarle en provecho suyo y de sus amigos y aduladores, turba perjudicial que siempre llevaban aquellos funcionarios consigo.

A la sombra de los cohechos y malversaciones de los vireyes, los delegados de su autoridad en las poblaciones subalternas obraban de igual modo, y establecida esta escala de superior á inferior, cada uno procuraba sacar el mejor partido, perjudicando de un modo verdaderamente deplorable al país á quien tantos favores debía España.

De aquí que llegó la miseria á su extremo máximo, y con ella las quejas, las murmuraciones, el descontento y finalmente la conjuracion.

A las demasías cometidas por los españoles, habían de agregarse tambien las que verificaban los nobles y el clero, que en vez de procurar mejorar la suerte de sus compatriotas, procuraban tambien sacar su beneficio particular, y así se iban engendrando odios y animosidades que no podían menos de estallar en sangre y en saqueo.

Hubo algun virey, como fué el duque de Osuna, que se atrevió á manifestar á la corte de Madrid el verdadero estado del país, y los males que de él podía resultar, pero ni sus quejas eran atendidas ni sus proposiciones escuchadas.

Por lo contrario, pedíansele hombres y dinero, se le obligaba á gravar nuevamente á aquel pueblo, y el que como el duque de Osuna, tenía, á pesar de los defectos de que adolecía, un carácter activo y noble, hacía dimision de aquel destino, no queriendo, segun decía, que en sus manos fuera á romperse el hermoso cristal que se le había confiado.

El duque de Arcos, que era el virey que había en los momentos que hemos hablado, á pesar de tener más probidad que muchos de sus antecesores, carecía, sin embargo, de una condicion muy indispensable en puestos como el que ocupaba, que era el tacto político que tanto sirve para saber elegir los momentos oportunos para las recompensas ó los castigos.

Así fué que desde los primeros instantes de su llegada á Nápoles, dando muestras de un desacierto extraordinario, aumentó la enemiga que profesaban ya los napolitanos á sus dominadores, y el día 7 de junio de 1647, á consecuencia de una reyerta habida entre unos vendedores de fruta y los receptores del nuevo impuesto sobre este artículo, promovióse la insurreccion, poniéndose al frente de ella un vendedor de pescado llamado Tomas Aniello, de Amalfi, ó por abreviacion Masaniello, acobardándose en tales términos el Virey, que inmediatamente corrió á refugiarse con toda su familia al castillo Nuevo.



J. VERRA, L.P.

L.V. VIDAL, DUMO, 29

MASANIELLO

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 25.

CAPITULO CCXXXVI.

Sublevación de Nápoles.—Masaniello.—Su muerte.—Débil proceder del duque de Arcos.—Llega á Nápoles la armada de D. Juan de Austria.

ERA Tomas Aniello un mozo de veinte y siete años, audaz y resuelto, que además de la indignación que en él habían producido los vejámenes que sin cesar estaban cayendo sobre su pueblo, tenía que vengar un resentimiento puramente personal.

Su mujer había sido presa poco tiempo antes por haber tratado de introducir fraudulentamente una pequeña cantidad de harina, artículo que se hallaba cargado también con fuertes derechos. Para sacarla de la cárcel hubo de empeñar y vender cuanto poseía, y de aquí partió el resentimiento personal que le hizo ponerse al frente de las turbas tan luego estalló la revolución.

Falto de fuerzas el Virey, y más que falto dando pruebas de una debilidad censurable, abandonó por completo la ciudad á los rebeldes, y según confesión del mismo Virey en carta escrita al Monarca, dándole cuenta de estos sucesos, mostrósese Masaniello respetuoso y deferente con el Duque, dió constantemente vivas al Monarca, y en las casas que quemó no permitió que se estrajese nada absolutamente, castigando con la pena de muerte á los ladrones.

El doctor Julio Jerónimo, anciano octogenario ya, pero activo y entusiasta patriota, unido á Masaniello comenzó á dar más dirección al movimiento soltando los presos de las cárceles, tomando las armas de las armerías, batiéndose en algunos puntos con los cortos destacamentos de tropas, á los cuales desarmaban con facilidad, llegando de este modo á reunir la sublevación, contando con los auxiliares que de fuera habían llegado dentro de la plaza ciento veinte mil hombres mejor ó peor armados.

El Virey que, como dice muy oportunamente un historiador, era más á propósito para intrigar, que para gobernar con acierto, comenzó desde su castillo á entablar negociaciones con el pueblo, consiguiéndose por fin que éste aceptase las concesiones que se le hacían, y que no eran otras que la abolición de todos los impuestos nuevos, y la devolución de los mismos privilegios que le habían sido concedidos por el emperador Carlos.

Para demostrar el Virey la buena armonía que reinaba entre él y Masaniello salió con él al balcón del palacio, abrazóte afectuosamente, llegando al extremo su torpe y vergonzosa adulación de limpiarle el sudor del rostro con su mismo pañuelo, obrando de un modo muy parecido al propio tiempo la Duquesa con la esposa del célebre caudillo popular.

Envió la Vireina sus carrozas á la pescadora para que fuese á su palacio, y la esposa del jefe de los revoltosos, acompañada de algunas vecinas, de su suegra y de su cuñada, vistiendo todas magníficos trajes que formaban un contraste sobradamente marcado con la rudeza y grosería de sus modales, se presentaron en la morada del Virey.

«Recibióla la guardia, dice un historiador de estos sucesos, con los honores de capitán general, y fué subida en silla de manos con cortejo de gentiles hombres, pajes y alabarderos, é introducida hasta el gabinete de la Duquesa.

—«Sea V. I. muy bien venida, le dijo la Vireina.

—«Y V. E. muy bien hallada, le contestó la esposa del Dictador de Nápoles: V. E., añadió, es la vireina de las señoras y yo la vireina de las plebeyas.

«D. Juan Ponce de Leon, sobrino del duque de Arcos, tomó en sus brazos un niño de pecho, sobrino de la pescadora, le besó con la mayor ternura y le enseñaba á todos como un portento.

«La Duquesa indicó á la Masaniello lo conveniente que sería que su marido aceptara del Virey las altas mercedes que estaba dispuesto á otorgarle, y que se retirara del mando para que pudiera restablecerse la tranquilidad.

«*Todo ménos eso*, respondió la vireina de las plebeyas, *pues si mi marido deja el mando, no serán respetadas ni su persona ni la mía; lo que conviene es que estén unidos y acordes el señor Virey y Masaniello, éste gobernando el pueblo y aquél sus españoles.*

«Sorprendida y cortada dejó á la Duquesa tan terminante respuesta y puso fin á la visita, prodigando besos y abrazos á aquellas mujeres que se retiraron con el mismo aparato y ceremonias con que habían venido (1).»

Un acontecimiento inexplicable, mucho más habiendo cesado ya la causa de la anterior animosidad, tuvo lugar en los dos días subsiguientes á los en que quedaron de acuerdo el pueblo y el Virey.

Aquellas turbas, que todo lo habían respetado en las anteriores horas de efervescencia, diéronse al saqueo y al asesinato, produciéndose con este motivo horribles escenas, que la pluma se resiste á trazar.

Finalmente, el día 14 se verificó solemnemente la jura de los privilegios y concesiones, y desde este momento puede decirse que comenzó la segunda fase de la accidentada y breve existencia de Masaniello.

Para administrar justicia el antiguo pescador, hizo levantar un tablado con un palco, donde acompañado de sus tenientes Domingo Perrone y José Palambo, del consejero del pueblo Julio Genovino, del secretario Marco Vitale y del nuevo electo Francisco Arpayá, despachaba todos los asuntos, por complicados que fuesen, con gran facilidad.

(1) Duque de Rivas, *Sublevación de Nápoles*.

Con su tosca y remendada camiseta, sus calzones de lienzo listado y su gorro colorado de marinero, despechugado y descalzo, gobernaba como autoridad única y supremo magistrado, decidiendo sin apelación en la parte militar, civil y eclesiástica, y entendiéndose con desenfreno y agilidad con abogados y notarios, litigantes y pretendientes, sometiéndose todos sin réplica á su decisión absoluta.

El brillo de los salones, el rico traje que le había regalado el Arzobispo, la amistad que le mostraba el Virey, y las consideraciones de los magnates, fueron otras tantas nubes que ofuscaron su cerebro, haciéndole olvidar su origen.

Tomóle gusto al mando, y el antiguo pescador, enérgico, audaz y generoso, convirtiósese en un tiranuelo insolente, que irritó á los grandes, é irritó al pueblo, que veía en su ídolo el azote que más desapiadado se mostraba con él.

Así sucedió que se formó una conjuración para quitarle la vida, conjuración tal vez sostenida y alentada por el mismo duque de Arcos, como algunos creen, y sorprendiendo un día á Masaniello en un convento le asesinaron, mostrando despues su cadáver al Virey y arrastrándole por las calles.

Pero para que se vea hasta qué punto llega la versatilidad é inconstancia de los pueblos, que aquellos mismos que pocos días antes le paseaban en triunfo, y que despues le asesinaron, arrepentidos al inmediato día de su obra, diéronse á considerarle como un mártir y un santo, recogiendo su cadáver y tributándole toda clase de honores (1).

De aquí tomó pié el tumulto para recrudecer con mayor violencia, y arrojándose de improviso un día sobre los puestos de tropas hizo gran matanza en ellas, poniendo cañones á fin de poder ostilizar las fortalezas de San Telmo y Castel-Novo, poniendo al frente de la insurrección al marqués de Toralto, príncipe de Massa, al cual ya hemos visto servir en los ejércitos españoles, quien deseoso de evitar los desórdenes, aceptó un cargo en el cual fué, como veremos despues, á encontrar la muerte.

Rompiéronse las hostilidades entre los castillos y los amotinados, y Nápoles hubo de sufrir durante muchos días los horrores de un mortífero combate, hasta que por fin merced á los esfuerzos de Toralto pudo entrarse en negociaciones, cuando la escuadra de don Juan de Austria, hijo bastardo de Felipe IV, como sabemos, llegaba en auxilio del Virey.

Pero tampoco era el de Toralto á propósito para el cargo que había aceptado, ni la situación del pueblo á propósito para llegar al fin que se propusiera, y así fué que, mientras para evitar la efusión de sangre, sabedor de que D. Juan de Austria llevara veinte y dos galeras, doce naves gruesas y catorce buques menores, en los cuales iban embarcados tres tercios de españoles y uno de napolitanos, que formaban un cuerpo de cuatro mil hombres próximamente, aconsejaba la sumisión á los revoltosos, y procuraba también ganarles con promesas, ninguno le daba crédito, y muchos, por el contrario, desconfiaron de él.

Interrumpidas las negociaciones y puestos de acuerdo ya el duque de Arcos y D. Juan de Austria, rompieron á la vez el fuego contra la plaza, que resistió valerosamente por espacio de muchos días, sin que pudiesen posesionarse de ella los cuatro mil hombres que desembarcó el de Austria.

A pesar de ir ganando la insurrección, el príncipe de Massa pudo alcanzar que el pueblo pidiese una tregua al de Arcos, pero éste la rechazó con gran falta de cordura, y cuando á los pocos días al ver el aspecto fatal que para él presentaban los sucesos, tuvo que pedir la, ni el Príncipe ni el pueblo quisieron acceder, izándose banderas negras y rojas en todas las torres de las iglesias y palacios.

«El continuo tronar de tanta artillería, dice el moderno historiador de estos sucesos, el estallido de las bombas, el estruendo de los edificios que se desplomaban, las descargas continuas, la gritería de los combatientes, los lamentos de heridos y moribundos, los gemidos de niños, ancianos y mujeres, que corrían en medio de la matanza, de peligro en peligro, buscando en vano donde refugiarse, el son espantoso de trompas y tambores, y el clamoreo de las campanas, formaban un espantosísimo estruendo que se percibía hasta muchas leguas á la redonda, que aterró á los pueblos de la comarca, haciéndoles temer la destrucción completa de su hermosísima capital.

«Declinaba la tarde y continuaba más encarnizada la pelea, y ni las sombras de la noche, oscura y borrascosa, ni la fatiga consiguiente á tantas horas de lucha pusieron término al combate y la matanza, habiendo sido aquel funesto día uno de los más espantosos que ha pasado ciudad alguna (2).»

Calculóse que durante aquellos días perecieron sobre doce mil hombres del pueblo, siendo sobre dos mil las casas que quedaron derribadas por efecto de los proyectiles que se arrojaron, tanto del castillo cuanto de los buques.

(1) Duque de Rivas.—Obra citada.

(2) Ribas, *Sublevación de Nápoles*, t. II, cap. XI.



MUERTE DEL MARQUES DE TORALTO.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.